

jorge enrique La g e

A mediados del año pasado y por razones que tenían que ver con narrativa mutante, signifique eso lo que signifique, crucé unos mails con el escritor español Germán Sierra. Él tuvo la generosa idea de enviarme algunos de sus libros por correo postal. Yo le di mi dirección y me olvidé del asunto. Pasó más de un mes. Una tarde entré a la librería Ateneo Cervantes (frente a la Moderna Poesía, vaya manera de nombrar) y en la sección de libros usados y en consignación vi puesta una novela de Germán Sierra, *Efectos secundarios*. Editorial Debate. Cien pesos. Pensé que lo más probable era que el tipo nunca me enviara nada, o que me enviara lo último y no una novela del año 2000, premiada en el Premio Jaén (sí, el mismo que después ganó Ena Lucía Portela) por un jurado donde había escritores tan disímiles como Rodrigo Fresán y Belén Gopegui. Así que compré *Efectos secundarios* sin pensarlo mucho y en algún lugar de Prado me senté a hojearlo. El libro parecía nuevo pero tenía una dedicatoria: *Para Jorge Enrique Lage, muy agradecido por su interés. Germán Sierra*.

Leí esa dedicatoria como un millón de veces. No debo haber contado tantas reflexiones al estilo "de modo que la realidad era esto", "de modo que el realismo persiste", y cosas así. Al día siguiente volví a la librería. No estaba la empleada a quien llamaban La Tasadora, encargada de comprar los libros que la gente iba a vender, ponerles un precio y ponerlos ahí. Lo que sí estaba era *Alto voltaje*, un libro de cuentos de Germán Sierra, Random House Mondadori, 2004. Treinta pesos. *A Jorge Enrique Lage, estoy deseando poder leer los suyos. Un abrazo.*

Durante un tiempo consideré escribirle al buen Germán. Para darle las gracias, para decirle que ya tenía en mi poder los dos libros, en caso de que fueran dos. No tengo claro por qué no lo hice. Quizás porque me vería en el compromiso de enviarle mis libros que no existen y que, de existir, se perderían en el océano. El Atlántico como material aislante, como un ácido que disuelve ciertas cosas y no deja leer otras. Quizás porque el propio Germán y sus libros (los cuentos me interesaron mucho, la novela no tanto), considerados aisladamente, ya no tenían importancia para mí.

En uno de los mails que le había escrito con anterioridad, yo nombraba a otros escritores españoles: Javier Calvo, Eloy Fernández Porta (cuyo artículo "Retórica y punk en el relato contemporáneo" alguna vez leí como si se tratara de un nuevo evangelio), Juan Francisco Ferré, Vicente Luis Mora y Robert-Juan Cantavella (que fue jefe de redacción de la desaparecida revista *Latera*). Junto a Germán Sierra, algunas de las firmas más notables de la escena literaria alternativa y de vanguardia. El

sound remezclado de las tecnologías. Más champú y menos caspa. Paseos por el laboratorio y no por el parque. La sensación de que el realismo dominical tiene los días contados. Germán me escribió entonces algo así como que se alegraba de que una visión distinta y minoritaria de la literatura española hubiera llegado hasta Cuba. Volver sobre eso podía ser un buen reinicio del diálogo, pero tampoco así me animé. Estaba el peligro de que me pusieran rápidamente en contacto con todos esos escritores raros, abriéndome nuevas posibilidades de incomunicación: ellos empezarían a escribirme y yo no sabría responder de manera eficaz. No soy bueno escribiéndole a personas reales, en un momento u otro todo se me vuelve literatura. Por otra parte, ellos no tardarían en mandarme sus libros, quizás varias cajas de libros que, por supuesto, se perderían al tocar tierra.

Pero que los libros se pierdan es sólo el principio. El Atlántico como la posibilidad abierta a todos los desvíos. Más tarde que temprano los libros aparecen, y uno puede quedarse sin dinero, como yo, pero nunca quedarse dormido. Cuba no es precisamente el lado cómodo de la almohada. Los libros circulan de manera extraña. Se ocultan y se exhiben y se mueven siempre un poco más y un poco menos de lo debido. Desde esos movimientos singulares, en los cruces de esos tráficos y circulaciones es donde puede uno escribir o enfrentar la imposibilidad de escribir ciertas cosas a los escritores que te escriben mails, donde te das cuenta de que posiblemente has leído mejor o ya has leído cosas que aún no has leído y no tienes manera de saberlo. Hay algo ahí que tiene que ver con el instinto, con la supervivencia, con desarrollar anticuerpos. Y también con el robo. Yo soy el primero en robar. Cuba no es precisamente la ley y los buenos modales de un buque fantasma. El Atlántico como licencia a la piratería y, llegado el caso, licencia para matar.

Otra manera más *fantasy* de verlo: Hay un basural electrónico, una precaria estructura de desechos cuyas radiaciones se te han metido en la médula hasta el ADN. Un territorio a defender. Pero nunca matando mutantes. El mutante eres tú.